

LA FAMILIA Y LOS PROBLEMAS ACTUALES DE BIOÉTICA

Murcia, 6 de mayo de 2006

Gonzalo Miranda, L.C.
Facultad de Bioética
Ateneo Pontificio Regina Apostolorum
Roma

Introducción:

«*La familia es un grupo de personas que comparte la misma nevera*» (de un opúsculo en Noruega). No hay mucho que decir sobre la familia, cuando se tiene un concepto como éste. Pero quizás la familia es algo de más, o mucho más, que un simple conglomerado de individuos humanos que comparten algo, aunque compartan toda su existencia.

Quiero reflexionar sobre la familia como *vocación*, en el sentido de una «llamada» inscrita en el ser mismo de cada persona humana, en función de la misma realización en cuanto *persona*, en el fondo, en cuánto *tú*. Esta vocación está ligada íntimamente a la *vocación* que cada ser humano ha recibido a realizarse en la apertura al mundo más allá de sí mismo, sobre todo en aquella apertura que llamamos *amor*.

Luego comentaremos algunos de los problemas más actuales de la bioética en su relación con la familia. Veremos que en muchos de ellos se da un planteamiento que contradice frontalmente el sentido mismo de la familia.

Vocación a la existencia, al amor, a la familia

a. *Vocación a la existencia*

Nuestra *vocación* al mundo es una evidencia. Cada uno de nosotros se *ha descubierto* un día existiendo en el mundo. Nadie lo ha elegido o decidido. En un determinado momento me doy cuenta de que existo, de que estoy vivo, sobre este planeta, en el universo.... «¡Aquí estoy! ¿Qué hago aquí? ¿Quién me ha hecho existir?». Sí, lo sé que han sido mis padres. Pero me doy cuenta de que soy también para ellos un misterio y un regalo: no sabrían explicarme cómo se han formado mis miembros y mis órganos mientras crecía en el seno de mi madre.

Sería todo muy sencillo si pudiera contentarme con el alimento que tomo y con la satisfacción de las demás necesidades elementales. Pero surge dentro de mí, irremediamente, una serie de preguntas que van mucho más allá de estas necesidades. Querría entender el por qué de muchas cosas, pero sobre todo el por qué de mí mismo, el sentido de mi existencia. Me encuentro, pues, como *arrojado* en el mundo (como diría Heidegger), pero no me basta estar: debo hacerme a mí mismo y hacer algo en este mundo...

b. *Vocación al amor*

Nuestra *vocación* a la existencia es también, y es fundamentalmente, *vocación al amor*. En efecto, nuestra realización *personal* no será nunca tal si no en cuanto realización *inter-personal*. La tenemos escrita en lo más profundo de nosotros mismos, en cuanto seres *racionales y trascendentes*. Estamos hechos para *amar y ser amados*. Viktor Frankl, a partir de sus experiencias personales

(especialmente durante su prisión en el campo de concentración nazi) y de su larga experiencia como psicoterapeuta, expresa fuertemente este concepto:

«En el hombre encontramos un fenómeno fundamentalmente antropológico: ¡La auto-transcendencia de la existencia humana! Quiero referirme al hecho que ser-hombre quiere decir ir hacia algo que está más allá de sí mismo, algo que no es uno mismo, algo o alguien: un sentido a realizar u otro ser humano a encontrar en el amor. El hombre se realiza a sí mismo sirviendo a una cosa o amando a una persona. Cuanto más cumple su tarea, cuanto más se consagra a su pareja, tanto más es hombre, tanto más se convierte en sí mismo».

Se comprende bien así lo que escribió Juan Pablo II en su primera encíclica:

«El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa de él vivamente.»

c. *Vocación a la familia*

Nuestra vocación al mundo es vocación al amor. y este se recibe, se entiende, y en buena parte se realiza, en el ámbito de esa realidad que llamamos *familia*. Quiero hacer algunas reflexiones sobre la familia en cuanto escuela de amor, y por lo tanto, gimnasio fundamental para la realización de la vocación existencial de cada ser humano. Quizás, efectivamente, vivir en familia es algo de más que compartir la misma nevera.

¿*Qué es la familia?* No me voy a detener en buscar una definición. Quiero solamente recordar que hay diversos tipos de unión y relación de convivencia entre los seres humanos, y que no todos son equivalentes, no todos son familia. Nos unimos temporalmente para escuchar una conferencia. nos unimos para formar un equipo de fútbol, o un club de «maníacos del mus». nos unimos en sociedad limitada o anónima para hacer negocios. nos unimos en estrecha amistad gratuita («amigo es alguien que te conoce, y a pesar de ello te sigue queriendo»), etc. Uniones más o menos profundas, basadas a veces sobre afectos humanos. Pero no son familia.

La familia es una unión muy especial y específica entre seres humanos. Es una comunidad *originante*: nacemos en ella, en ella tenemos nuestro origen, nuestra raíz. Y cuando nos unimos a otra persona para constituir una familia, esa unión es también, específicamente, *originante*: una unión de amor que origina amor, y que da origen a otros seres personales que son acogidos como fruto de ese amor: frutos que nacen en esa raíz. Como decía Blondel: en el matrimonio «dos se hacen uno para convertirse en tres».

Lo demás (la unión de dos homosexuales llenos de mutuo afecto. La reunión de un conjunto de parejas en unión libre, etc.) son otra cosa: llamémosla como queramos, pero no son lo mismo que lo que llamamos familia.

d. *La familia como escuela del amor personal*

Se dice que la familia es la primera «célula» de la sociedad. Esto es un dato sociológico, pero es también mucho más. La familia es la *comunidad humana* por antonomasia. En el sentido de comunidad formada de *personas humanas* que se unen y se aman y se relacionan precisamente en cuanto personas y solamente en cuanto tales.

En otras uniones sociales el otro es considerado, vale, pertenece, no tanto en cuanto *persona*, sino en cuanto persona que sabe hacer o producir. No por lo que *es*, sino por lo que es capaz de *hacer*: si no sabe jugar al fútbol no puede pertenecer al equipo. Y tiene que dejarlo si se rompe el menisco y ya no puede seguir jugando. No vale para el club de maníacos si no sabe jugar al mus (si no puede guiñar el ojo para señalar el «31»). Si no sabe realizar un trabajo determinado, no se le admite en la empresa, o se le despide. Si no invierte, no puede pertenecer al grupo de socios, etc. Por eso comprendemos y aceptamos que un obrero pueda ser substituido por otro más eficiente, o incluso por una máquina más productiva.

En la familia no se despide al que no es buen padre o buen hermano. No se le retira a nadie

el carnet familiar por haber perdido alguna de sus facultades. En la familia no se sustituye a la madre por otra más joven o más eficiente. No se cambia un hijo por otro más estudioso o más cariñoso. Porque en la familia el otro cuenta por ser él. Y se le acoge así como es. En la familia el otro cuenta, y cuenta sólo en cuanto persona. Y la persona no puede ser substituida en cuanto persona

Esta es una dimensión específica de la comunidad familiar. Y es una dimensión *esencial*: no hay verdadera familia si no hay esta acogida del otro así como es, y simplemente por ser él.

Precisamente por esto, la familia es una verdadera escuela de *amor* y por tanto prepara para realizar la propia vocación en la existencia, trascendiendo la propia individualidad. Es en el seno de la familia en cuanto tal donde cada persona aprende desde niño a abrirse al otro, a los otros, a todos los demás en cuanto personas.

2. Problemas actuales de bioética y familia

a. *El aborto y la eugenesia*

En la verdadera familia se acoge, como decíamos, al otro por ser él. Independientemente de sus cualidades. Se le ama tal cual es. Se le valora como persona, independientemente de su estado de salud física o mental.

La mentalidad abortista fomenta exactamente lo contrario: la propia madre decide acabar con la vida del hijo que lleva en las entrañas, porque no lo acepta. Lo rechaza, por la razón que sea. El hijo es indeseado, y por ello mismo eliminado.

Se dice (campaña pro anticoncepción y aborto): «Hacer que no nazca nunca un hijo no deseado». Habría más bien que decir: que nunca sea rechazado un hijo que ya ha comenzado su existencia». Que nunca un ser humano considere a otro como a un indeseado.

La familia puede ayudar a favorecer esa visión contraria: se suele hablar de la autonomía de la mujer, como razón justificadora del aborto. Pero en la familia podemos entender que la autonomía de cada uno se realiza plenamente solamente cuando se abre al otro y lo acoge como es, sin rechazar nunca su existencia.

Hay familias ejemplares que saben acoger al hijo minusválido, haciendo de él una verdadera escuela de amor gratuito (caso de familia italiana con hijo mongólico: se levanta y besa al hijo y al padre...).

Algo parecido sucede con la eugenesia que se va imponiendo: técnicas varias para seleccionar a los seres humanos, para eliminar a los que son considerados «inválidos», o un peso. A través del diagnóstico prenatal directamente relacionado con la decisión de abortar.

En la verdadera familia, en cambio, aprendemos a desear sí que el otro sea mejor, pero respetándolo así como es (sano o enfermo, más o menos inteligente, guapo o feo). Aprendemos que tenemos el derecho y el deber de favorecer el mejor desarrollo del otro, pero sin determinar ni imponerle nuestros deseos sobre él. Si cada vez hay más familias de las verdaderas, iremos comprendiendo mejor que la eugenesia selectiva o impositiva son contrarias a la dignidad del hombre.

b. *Reproducción Artificial*

Una de las dimensiones fundamentales de la vida de familia es la *gratuidad*. Hay una relación gratuita entre todos sus miembros. Los padres se dan a los hijos porque sí, sin condicionar su donación al beneficio que pueden recibir a cambio. En la familia no hay relaciones de dominio. Nadie pertenece a los demás como un objeto sobre el que se tienen ciertos derechos. Cada uno de los hijos es para los padres un don, no un objeto de «propiedad privada». Y en realidad esta debería ser nuestra visión y consideración de todo ser humano.

Sin embargo, algunas de las técnicas de reproducción asistida, aquellas que podemos

calificar como «reproducción artificial» están alterando esta visión.

Se está fomentando la cultura del «derecho al hijo»: la pareja que lo desea tiene derecho a obtener un hijo a como dé lugar. Si puede ser con los gametos de la pareja bien. Si no se recurre a una banca de semen o de ovocitos. Si la mujer puede gustarlo bien. Si no se alquila o pide prestado un útero, etc. Se está llegando incluso a justificar que una mujer sola obtenga un hijo producido «in vitro», si así lo desea. Pero se podrá justificar también que lo obtenga un hombre solo.

Hay algunas técnicas que pueden ser utilizadas como complemento y ayuda del acto conyugal: sirven para ayudar a que el acto conyugal pueda dar su fruto natural, superando las barreras que ciertos defectos orgánicos interponen.

Pero las otras técnicas, que son en realidad no de «reproducción asistida» sino de «reproducción substituida» establecen una relación de dominio en relación con la persona procreada. Se trata de la mentalidad y la actitud productiva y no procreativa. Lo único que necesitan los técnicos es el material biológico necesario: los gametos masculino y femenino, y un útero. Si un día pudieran sintetizar en laboratorio esos elementos, los utilizarían para fabricar seres humanos (como ya predecía el famoso libro de Huxley: «Un mundo feliz»). En realidad, la lógica y la actitud que hay ya hoy tras la fecundación in vitro es la misma: la lógica de la producción: se utilizan los materiales necesarios, se realiza el producto, se efectúa el control de calidad, y se decide si introducir el producto en el mercado o desecharlo.

Por otra parte, hoy por hoy, la FIVET implica necesariamente el desecho de varios embriones para lograr que alguno de ellos se implante en el útero. No sólo, sino que en ocasiones, ante un embarazo múltiple, se procede a la selección de alguno de los fetos y la eliminación de los demás (*reducción embrional*). Hay en ello una visión contraria a la que debe reinar en la familia, en la que todos los miembros valen por igual, en la que no se admite que uno sea eliminado en función de otros.

Finalmente, las técnicas de reproducción artificial minan el equilibrio de las relaciones familiares. En una familia cada miembro tiene su propio puesto: es padre o madre, hijo, hermano, nieto. . . Y esta realidad contribuye sobremanera a la formación de la identidad personal de cada individuo humano: yo sé quién soy y cómo me relaciono con los demás, desde mi primera infancia. y esto me da seguridad en mi auto comprensión. Y favorece también algo tan importante para la personalidad del individuo como el contacto con las propias raíces existenciales: sé de dónde vengo, porque tengo estas características somáticas o psicológicas.

El fomento de familias verdaderas ayudará a comprender que todas estas técnicas contradicen la realidad del hombre como individuo personal y en sus relaciones personales con los demás, que no pueden nunca ser relaciones de dominio, de posesión.

c. *Eutanasia y muerte por piedad*

Puede parecer que la eutanasia, entendida como procurar voluntariamente la muerte de otra persona por piedad hacia ella, es una expresión de compasión y por tanto del amor interpersonal típico de la familia.

Me parece, sin embargo, que la eutanasia es la negación de la verdadera compasión, la que nace y se funda en el reconocimiento del otro en cuanto otro, que merece siempre ser amado y respetado (incluso contra su misma petición de ser anulado).

Para entenderlo hay que tener presente que la petición de eutanasia es una petición de anulación voluntaria de la propia existencia, del propio yo. No existe «la vida» en cuanto algo que está separado del propio yo persona. Decir que «mi vida no tiene sentido» es decir que «yo no tengo sentido».

Por ello, una persona que ante el dolor y ante la proximidad de la muerte, es una persona que sufre una tremenda derrota, una *derrota existencial*. Si yo verdaderamente la quiero, intentaré ayudarla a vencer esa última batalla de su vida. Si no lo logro, la respetaré igualmente, ofreciéndole

mi comprensión y cercanía. Pero no podré aceptar, si me lo pide, poner fin a su existencia¹.

Decirle que sí sería decirle implícitamente: «Sí, tienes razón: tu vida no tiene ya sentido, ya no tiene valor. Por tanto, tú no vales ya. Estoy de acuerdo contigo: es mejor que mueras, que dejes de existir».

Son ya clásicos los casos de personas enfermas, sobre todo ancianas, que piden la eutanasia porque se consideran un *peso* para la familia. Sucede sobre todo entre las mujeres que han sido durante años la columna de la familia, dispuestas a llevar generosamente el peso del hogar, en el amor al esposo y a los hijos, y que ahora se encuentran en situación de fragilidad y necesidad: como que no soportan la idea de convertirse en un peso para los demás. La petición de eutanasia, acogida por los familiares, representa en estos casos una confirmación de esta triste impresión: «Sí, tú eres un peso para nosotros». Un insulto a su dignidad la negación de la acogida total e incondicional al otro, que deber reinar en la familia.

Viceversa, el médico o pariente que, al contrario, se niega a acoger esa petición de eutanasia, dice con su comportamiento al paciente: «No es verdad que tu vida no tiene sentido. Comprendo que tú no logres descubrirlo en este momento. Pero tu vida, también en estas condiciones, tiene sentido. Porque tú valor no depende de las condiciones en que te encuentras: ¡tú vales porque eres tú! Yo continuaré cerca de ti y trataré de ayudarte para que logres volver a encontrar el sentido de tu vida, tu valor como persona, hasta el último momento. Porque te amo a ti».

La familia verdadera, en la que cada uno de los miembros se siente y se sabe acogido así como es, no puede ser la *casa de la eutanasia*. En la verdadera familia, cuando un miembro anciano o enfermo pide la eutanasia, los otros le demuestran con su cercanía y sus atenciones, que él o ella no valía porque era joven y sano, por sus *prestaciones* o su utilidad, sino simplemente por que era él. Que, precisamente por esto ellos le siguen amando, acogido y respetado como siempre: su vida, aunque sea frágil y débil, vale exactamente igual que antes. Porque su vida es él.

En este sentido, la verdadera familia, fundada sobre el amor personal, es un verdadero reto contra las corrientes que promueven la eutanasia.

Conclusión

La familia es mucho más que un grupo humano que comparte la misma nevera. En ella aprendemos a acoger y amar al otro en cuanto tú, en cuanto persona. Es en ella donde aprendemos por tanto a ser personas, a auto trascendernos, a realizar nuestra personal vocación a existir en el amor.

Muchos comportamientos hoy día ampliamente practicados, aceptados y hasta aprobados por ley, son una contradicción, una negación directa de la esencia misma de la familia. Son como minas potentes que hacen reventar desde dentro la realidad de la familia. Para defender esa célula fundamental de la sociedad, tenemos que trabajar seriamente por iluminar las conciencias de todos para que esos comportamientos sean rechazados y evitados.

Por otra parte, sin embargo, uno de los mejores modos para iluminar las conciencias en relación al respeto y la acogida y la defensa de la vida, es potenciar el sentido auténtico de la familia.

La familia que reza unida, permanece unida. La familia que permanece unida, enseña a amar al otro en cuanto persona. La sociedad que aprende a amar al otro en cuanto persona aprenderá también a acoger y respetar la vida humana, la vida de todo ser humano.

¹G. MIRANDA, *I problemi etici dell'eutanasia nell'Enciclica Evangelium Vitae*, «Medicina e morale» 45/4 (1995), pp. 719-738.